

UN MAR QUE LLEVA TU NOMBRE



COLECCIÓN LITERATURA
Serie Poesía • José Gorostiza

Virginia María Aguirre Cabrera

UN MAR
QUE LLEVA
TU NOMBRE

CULTURA

SECRETARÍA DE CULTURA



TABASCO

Este libro se escribió con el apoyo del Programa de Estímulo a la Creación y Desarrollo Artístico de Tabasco (PECDA-Tabasco), en su emisión del año 2019, en la categoría de «Jóvenes Creadores» del área de Literatura.

Primera edición: 2019

© 2019, Virginia María Aguirre Cabrera

D. R. © 2019, Secretaría de Cultura
Calle Andrés Sánchez Magallanes # 1124
Fraccionamiento Portal del Agua
Colonia Centro, Villahermosa
C. P. 86000
Tabasco, México

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio, sin el consentimiento por escrito del titular de los derechos correspondientes.

ISBN: 978-607-8428-78-6

Impreso en México - *Printed in Mexico*

*Para el poeta que cantó
a la oscuridad luminosa de la vida.*

I

Esparcí tus palabras por toda la casa,
me gusta caminar sobre ellas descalza y libre.
Cuando juego a saltar alto, tus palabras arropan mi
caída;
cuando juego a desaparecer, me encuentran;
cuando juego a inundar la casa,
ellas cierran la llave de mis ojos y me abrazan.

Hay mañanas que tus palabras se sientan
a tomar el café conmigo; me hablan de la vida,
de la muerte, de seres que llenan de luz otros planetas.
Son palabras sabias y les creo.

Hoy llegué del cuarto a la cocina saltándoles en un solo
pie,
las letras rieron a carcajadas y yo junto con ellas.
Poeta, tu obra es de tintura fuerte
piedra inmune al tiempo que todo incinera.

II

Tomo café y pienso. Todos los días pienso en ti.
En el océano dulce de tu voz y el ave reclusa en la
mirada.

Mis pies, granos de arena, se mueven sobre la
inmensidad
de esta tierra que se cuarteja poco a poco.

No sé si cuando se rompa por completo los humanos
tocaremos fondo.

No sé si en ese abismo exista el infierno de Dante
o si el infierno es nuestra mente, araña que teje su
cárcel día a día.

En mi mente están colgadas tus memorias de luces y
sombras.

La imagen de incendio bajo un sombrero.
Los pies que contenían bailes del mundo.
El abrazo, remendador del alma.
La soledad, calamar adherido a tu sombra.

Insisto en que el dios del tiempo
no los envuelva en humo de olvido;
por eso te escribo y reinvento,
para desviar ese humo que llena de cáncer la memoria.

III

Acude a mí un recuerdo en tono sepia;
los recuerdos mutan de forma como las nubes,
nunca conservan su imagen primera.
Son aire caliente que se sueña agua danzante.

Aparecemos sentados frente al mar en una playa veracruzana. Tengo diecisiete años y he escrito mi primer poema «de horas, de olas». Llevo mis letras en una hoja arrugada entre las manos, la voz no me sale, siento una bola de fuego llamada vergüenza incendiar mi estómago, pero yo deseo leerte aquel poema. Tomo aire y sazono mi impulso juvenil con el viento de sal. Hablo. Me escuchas. Yo solo escucho el crepitar de mi fuego. Cuando por fin callo, dices: «no ha existido poeta que no le escriba al mar».

Yo no sé si llegue a ser poeta, pero le tengo respeto al
mar:

dicen que en él habita el origen de la vida.
Le tengo miedo al mar: me paraliza su inmensidad,
mi vista nunca logrará traspasar el horizonte,
mis brazos nunca lograrán sostenerlo en un abrazo.
Me da miedo el mar: su profundidad anega mis sueños
y sin embargo tomo la pluma y escribo,
le escribo a un mar inasible que he bautizado
con tu nombre: Ciprián Cabrera Jasso.

IV

Estaba parada en una playa solitaria con la vista fija en el horizonte donde mi imaginación se enciende. Mientras el agua de mar escalaba suavemente mis empeines, yo fantaseaba con navegar en una barca de velas verdes hasta llegar a la línea, quebrar de una vez mi jarrón de fantasías y descubrir el paisaje que existe atrás de aquella cortina pintada de cielo. Pero nunca nadie se ha sabido parado en su borde; porque el horizonte es jugueteón y se alarga como un chicle, y le gusta jugar al mago haciendo el truco de reproducir su imagen hasta cansar a los hombres. De repente un ave con plumaje de nieve irrumpió entre las nubes. Su vuelo de aire lo removía todo; agua, arena y cielo se mezclaban. Me interné de prisa en el abrazo del mar para protegerme de la ventisca, intenté agarrarme a las olas como si fueran cuerdas, pero no pude. Eran inasibles. El vuelo del ave arrancaba los colores del paisaje, lo desleía todo, lo borraba todo. Yo también me disolví en aquellas aguas y pronto la verdad me golpeó como un rayo, comprendí que me encontraba sumergida en el mar de tu nombre. Tus olas me susurraban en un lenguaje de espuma la belleza del paisaje atrás del horizonte marino. Me dijiste: «abre tus ojos de mar y observa, *el ave lleva en sus alas la soledad del mundo*». Comprendí que ningún hombre en vida conocerá el misterio que existe al cruzar la frontera, solo el agua y la sal. Llegó a mí esta premisa en un sueño que tuve hace algunos desvelos.

V

De repente te desdibujaste,
como se desdibujan los sueños
cuando uno despierta de golpe
y la frente se da contra el muro del mundo.

VI

He pensado que mi tristeza no necesita
ocho letras para ser nombrada.
En un monosílabo profundo y fuerte,
cabe toda la tristeza del mundo.
Todo cabe en un monosílabo
sabiéndolo acomodar.

El peso del mar cabe
en la palabra mar;
no deja afuera a las olas
con sus potros de espuma,
ni a la sal,
ni a las ciudades que sucumbieron a cataclismos,
la Atlántida existe en el mar,
los caballitos
y las ballenas con sus críos
*y el origen de la vida -perla y tiburón-
está en el mar.*
Todo cabe perfectamente en el mar.
Mi tristeza no necesita
ocho letras para ser nombrada.

Mi tristeza
necesita hundir los pies en la arena
sazonar su piel con la sal
nadar con el rostro al sol
y gritar y mentir con olas
rompiendo en su pecho:
«desde hoy me llamaré: mar».

VII

Cuando el vacío de una ausencia es muy grande,
la cuenca de los ojos no alcanza;
entonces el cuerpo se inunda de llanto,
los huesos y el alma se ablandan y uno cae postrado
a los pies del tiempo exigiendo clemencia.
Pero el tiempo no es clemente.
Se limita a observar el instante en que el dolor te anega.
Te desbarata.

VIII

Habito una ciudad sin gente.
Bailo sin música en el alma.
Escribo poemas con borrador.
Duermo sin cerrar los ojos.
Soy plañidera silente.

Camino sin apresurar mis pasos,
con los ojos fijos en el misterio del polvo
hasta encontrar la calle
que exhiba a la luz tus huellas.

IX

Tal vez esta sea mi tercera y última llamada
para escribirte y reinventarte,
porque el tiempo nos come el cuerpo
y a veces las ganas, yo lo sé.

Que tal vez debería dejar de sacudir tu recuerdo, no lo
sé,
porque es mi deseo escribirte y dedicarte
cada una de mis letras hasta que tu nombre quede
tatuado
en la palma de mi mano y después pueda borrarlo
con el filo de mi llanto.

A veces para escribirte entro en la escafandra
que tengo guardada en el clóset de mi pecho,
así consigo sumergirme en el mar de tu nombre.
Hay momentos en que mis ojos dicen que ya no estás.
Ya no estás
Ya no estás
Ya no estás
Pero estás...

en mi pluma, en mis silencios, en tus libros,
en cualquier libro, en una hoja blanca,
en el canto de las *aves que emigran sin importar el rumbo*,
en el sol que entibia mi cuerpo, en la hoja que sucumbe
desde el almendro y en la luz prestada que proyecta la
luna;
a la que tanto le cantaste.

Estás en la sal de mar que escoce la herida de estas
letras
y en el lenguaje encriptado de un caracol susurrante.

Tu canto canta en mi pecho, Pano, porque soy
calandria
imitando el canto primigenio de los hombres.

X

Soy ave solitaria
que alimenta al mar
con semillas que brotan de su canto.

XI

Hoy no quiero escuchar esa música de mar que arroja
tu ausencia.

No quiero darle pecho al poema;
tener que remendar mis entrañas, limpiar la hoja,
ser agua desbordada en la oquedad de los ojos.

No quiero enfrentarme al poema como me enfrento al
día
cuando me siento en la cama y le digo: «aquí voy».
Porque la extracción de un poema triste no es tan
simple
y no hay manual para que el parto no duela.

A estas horas daré a luz un poema
y no encuentro anestesia
para mi parto de nube.

XII

¿Cómo descubriste la vocación de poeta? Quizá fue la primera vez que viste el mar de Campeche, con un cielo pleno de gaviotas y albatros que acariciaban la epidermis acuosa del golfo con alas de sal. Descubriste que el océano también tiene cielo cuando viste una estrellita que naufragó y se incrustó en la playa. También descubriste que en ese abismo hay bosques donde galopan caballitos y aúlla el lobo marino. Habías leído sobre los seres con torso humano y cola de pez, pero aquel día se quedaron en el fondo, no salieron. Tú decidiste que aquellos seres míticos sí existían, porque a tu corta edad entendiste que la imaginación es creación y vida. Así se encendió la primera llamada.

XIII

Sé que en tu juventud leíste la historia de San Francisco de Asís con fascinación. Supiste que cuando las aspiraciones del monje aún encajaban en el nombre de Giovanni di Pietro Bernardone, sus ojos eran pedazos de carbón sin vida; ascuas tibias que una mañana en guerra contra los germanos ardieron cuando el joven vio al mundo quitarse el velo y mostrarle su cara leprosa, su piel llagada, su cuerpo esquelético que estremeció su alma al escuchar el roce de huesos cubiertos de miseria. Tus ojos de edad juvenil no habían visto catástrofe alguna, pero en aquella vida que hiciste tuya a través de las letras, descubriste el campo de batalla que florece al interior del hombre. Viste caminar en las calles de Montecristo:

*cuerpos vacíos y sin sentido,
animales que escondían
el llanto terrorífico entre sus manos.*

Muchacho, poeta, setecientos años te separaban de la existencia del místico monje y, aun así, San Francisco de Asís tocó el tambor que te llamó a la guerra. Así se encendió la segunda llamada.

XIV

Imagino un campo minado
que se extiende al interior del hombre,
es preciso caminarlo con cuidado,
aprender a descifrar sus engaños;
sobre todo, cuando la tristeza en el alma nace callada,
sin llanto,
como un recién nacido que abre los labios
y muestra su oquedad en silencio.

Detonaste sin querer una bomba, poeta.
Las preguntas y la vida retumbaron en tu pecho:
fuertes, certeras, con eco. Tal vez no te diste cuenta;
la poesía aquel día se instaló en tus ojos
y un poema comenzó a rasgarte el pecho.
Por eso sentiste dolor, ganas de gritar.
Sabías que en este mundo
no hay espacios hechos para gritar;

para llorar fieramente, desnudos, sin un nombre
y un rostro que nos contenga; tocar en un violín
imaginario
la canción más triste de la tierra hasta cansarnos
de su belleza en tono sepia,
de los sonidos que caen como cascada y anegan el alma.

No. No hay espacios hechos para gritar.
Fue cuando saltaste a una hoja en blanco,
y lloraste desnudo en ella.

XV

¿Cómo descubriste la vocación de poeta?

Tal vez fue cuando conociste el mar.

O acaso cuando te hiciste consciente que el río mítico
en el que te bañabas hacía surcos en las líneas de tus

manos

y trazaba destino en ellas. Así supiste que no podrías
escapar del mar ni del río, que tu cuerpo era del agua,
como los sueños, y que habías nacido en la ribera del

raudal

que un día conduciría tu esencia descarnada,
al mar etéreo de la muerte.

Se incendió el tercer y último llamado.

XVI

Sueñas que Neptuno inunda el vientre de tu madre.
Un arcoíris de peces revolotea en sus costillas,
una explosión silenciosa abre de a poco sus fauces
y surge el mundo marino.

Las olas reinventan su desnudez primigenia.
Las olas revientan esas orillas oblicuas.
Su ombligo juega a ser puerta
por él se marchan los peces a las tres de la mañana.

Su boca guarda la sal
que le dio sabor al mundo
caballitos de mar danzan
galopan sobre su vientre de ternura contenida.

Te rindes al sueño,
y sueñas que un dios con alas de agua
te abandona, indefenso
en las tempestades de una patria de esencia marina.

XVII

Algo hay de incierto en la existencia.
Tu alma descansa en un vientre que crece.
Vibraciones lejanas emiten:
caricias con dedos de viento,
promesas con lenguas de agua,
miradas que revientan en un muro de carne.
La única certeza en aquella patria acuosa y primigenia
es la risa sonora de tu madre,
que alivia tristezas de ave cautiva.

XVIII

Elegiste a tu madre en algún lugar del tiempo para
amarla.
Su vientre fue puerta de entrada a este mundo.
Le diste gracias con tus ojos anegados de húmedo
canto,
y encendiste oscuridad de río que trazó las líneas de tus
manos.

XIX

El río Usumacinta avanza manso por las líneas de tus
manos.

Traza destino en ellas:
abre surcos, se desborda, inunda campos.

Tu vida está en sus aguas,
la conduce sin descanso a mar abierto e insaciable de
muerte.

XX

Tu madre recoge bugambilias en el patio:
se ríe, las huele, se pinta los labios, se sabe bella.
Se tiende bajo un cielo entintado a colorear sus
sueños
e imaginar abedules.

Mientras tú
sentado en la mesa,
moldeas nubes negras a punto de lluvia.

XXI

Piensas que el color negro huele a muerte.
Lo respiras al entrar la noche.

Sabes que avanza silente, como el miedo
cuando ensombrece los ojos
pero el grito termina ahorcado
en el árbol del pecho.

XXII

Por las noches enciendes la luz de tus sueños,
no te gusta imaginar a oscuras.

A tus trece años sabes que la luna no sabe a queso
fresco.

Has descubierto muertos en el espejo del cuarto:
los rostros de los retratos les prestan ojos
para que observen el mundo desde la otra orilla.

Tú los observas a ellos desde la luz de tus sueños.

Me da miedo apagar la luz de tu memoria, Pano
y que seas un muerto más atrapado en un libro
manchado.

Me da miedo fallecer de vieja en tantos años
y que mi madre me tenga que prestar sus ojos,
los de aquel muido retrato.

XXIII

Una noche cualquiera te descubriste incendio,
soñaste que eras el sol y jugabas a esconderte
bajo la falda con olanes de una nube.
Rozabas su piel lechosa con tu lengua impregnada de
lava,
dedos de volcán gimiente,
con tu carne que sentías erigirse, temblar
y sucumbir poco a poco en tu entrepierna.

Otra noche de tormenta, soñaste a las nubes;
guerreras milenarias, amazonas poderosas.
Tu cuerpo era la tierra en la que descargaban
su furia de caricias incendiarias.
Por la mañana te supiste hombre,
inmune a la muerte líquida
que reptaba silenciosa y caliente
en los hilos de tu hamaca.

XXIV

Nadie te lo dijo.
La mañana que te supiste hombre,
entendiste:
los sueños son de agua
y su vocación de espejo.

NOSTALGIAS

XXV

Cae la tarde. El sol es naranja madura
que suelta bondades al tocar la tierra.

Te imagino sentado en la sala de aquella casa sureña,
con su piso de mosaicos llenos de líneas cambiantes
y colores mezclados como el jardín de tu madre.

Una turba de tronadores ausenta tu alma
del libro de Yeats que yace en tus manos
y vuelves tus ojos al ruido del mundo.

En el aire se alza el canto de las aves
que buscan cobijo en los arboles de mango.

El heladero ofrece en su grito
delicias de guanábana y zapote.

Los niños pasan como cardúmenes de peces
con el canto de la rama en la garganta

y se estrella en tu oído la voz escandalosa del vecino
borracho.

Recuerdas que es diciembre,
el pueblo está de fiesta,
y en unas horas la luna llena esparcirá misterios
montada en el lomo estrellado de la noche.

XXVI

En tu alma habitan fantasmas que pueblan la noche.

Sueñas que las estrellas son arañas;
las ves tejer silenciosamente en la oscuridad del cielo,
el hilo de seda para bajar a la tierra
y espolvorear su soledad infinita en el alma de los
hombres.

Despiertas a la vida de golpe, sobresaltado.
Recuerdas que los sueños tienen vocación de espejo
y no quieres que la soledad brote de tu boca a esas horas
de la madrugada

en un grito limpio, descarnado.
Asustar a tus padres, primos y hermanos
que sueñan el apacible sueño en los cuartos de al lado.

Abres la ventana, respiras profundamente.
Entonces recuerdas:
es diciembre,
la casa está llena
y tu corazón crece en la soledad del alma.

XXVII

Duermes. De nuevo el sueño.
El Usumacinta empieza a moverse,
a calentar su cuerpo con rayos de sol
color mandarina.

Escuchas ruidos.
Un vaivén de pasos en la cocina
y la casa se inunda de nubes
empapadas de aromas
que dan paso a la mañana.

XXVIII

La niebla citadina te sabe a tristeza,
a desolación de otros tiempos.
Tienes plomo en la punta de la lengua.

Tu esposa no lo entiende, no hay cura,
ni liberación en sus abrazos que incendian tu carne.

Sientes una hecatombe de ceibas solitarias en el pecho
que liban tu sangre con sus raíces.

Eres aullido humano entre la niebla.

Te sabes quimera en peligro de extinción.

XXIX

Una mujer entibia su paciencia en la cocina,
tú amenazas desde la alcoba nupcial con arrojarte al
vacío,
cruzar el muro infranqueable de la ventana
y no existir más en un cuerpo infestado
de hormigas alcohólicas que invitan a la demencia.

Convives, *de una manera atroz y constante*, con ellas
desgarran con sus tenazas tu cordura
y encabritan con ponzoña las palabras que resbalan por
tu lengua.

XXX

Despiertas angustiado de un sueño:
en el ves que la vida es vértigo, secuencia de imágenes
que ruedan y sucumben sin descanso ante una
pendiente estéril.

La muerte reptil, cazadora silenciosa,
aguarda incendiada en el fondo
con ojos humanos de esfinge ancestral.

XXXI

Le tienes respeto a los poemas tristes,
su música se engancha en tu alma
como un garfio en la carne.

XXXII

Piensas mucho en tus angustias,
las descubres a las tres de la mañana:
locura del insomnio,
desnudez de dos cuerpos preñados de olvido.

Hallas el aliento oceánico del miedo y te ensordece la
nada:
estruendo primigenio parido por la noche.

De madrugada eres serpiente enroscada en su cuerpo,
eres el llanto quedo de un niño extraviado
y susurras: «Ciliace, tengo miedo»
he imaginas que la luz existe en algún libro destruido.

De nuevo son las tres de la mañana
y vendrán las cuatro y las cinco y las seis.

Cuántas horas calcadas...

XXXIII

Lees, piensas el fuego
con que Hitler destruyó parte de Europa.
Diablo que selló hasta en las cenizas de los hermanos
caídos
la carcajada mortecina y desfigurada de la raza aria.

*¿Quién le dio el poder a los diabólicos?
¿Quiénes sino los mismos hombres?*

Escribes un poco sobre aquella barbarie.
Imaginas a los hermanos judíos
en un mundo que impregnaba sus ojos de mundo;
en un paisaje ardiendo
con llamas como serpientes danzantes que detenían sus
pasos,
caían, se hincaban para rezar
pero allí su alma era la exhalación de algún dios
desconocido,
no lo podían nombrar y en sus entrañas quedaba
sepultado el grito.

Te asomas por la ventana y presientes
al animal salvaje que habita las pupilas que te observan;
en ellas la crueldad, en ellas el odio, en ellas la guerra,
en ellas el hombre.
En ellas el reflejo del mundo.

XXXIV

En la claridad de la noche escribes.
Te importuna el rostro desdibujado de un poema.

En el abismo la raíz de la palabra crece,
y nacen peces que guardan el olor de la nostalgia.

La claridad de tu noche te revela
palabras como espejos en los que se baña el mundo.

Y tú eres el mundo y el poema.
Eres el pez dorado que brota de tu mano
resuelto a la caída,
de branquias y aletas fuertes
para habitar un mar muerto
que, de tan blanco, deslumbra.

XXXV

Tus libros exhalan un polvo de paz en sus estantes. Te gusta contemplar el estricto orden de acomodo al que los has sometido. Ellos obedecen como perros que aguardan pacientes el instante en que su dueño los toma, para acariciar su cuerpo y su alma y tejer juntos el idioma del amor. Tus dedos lucen impacientes sobre el teclado e inicias el rito.

El llanto del poema recién nacido erosiona tu esencia hasta secar las palabras que llevas a cuevas. Levantas la mirada. En la ciudad llueve y tu calle es un río, donde nadan peces grises llamados nostalgia.

XXXVI

Kasandra se enreda en tu pluma.
Su recuerdo es como el agua:
no tiene olor
y su materia es de olvido.

XXXVII

Amanece.

La luz es un viejo arcano en tus pupilas:
quisieras atraparla
meterla en un frasco
diseccionarla con el filo de tu aliento
y extraer la palabra que vibra en sus entrañas.

No te da miedo penetrar su lenguaje de vibraciones
cristalinas.

Tu miedo es no descifrarlo nunca en esta vida,
con este nombre y este cuerpo
que aprisiona tus ansias de ave,
tu esencia de río que fluye hacia mar abierto.

XXXVIII

Fuiste claridad en tus noches,
tus palabras escritas
y las que reservaste para sembrar en otras vidas.

Fuiste llanto de tus tres hijas,
con él rellenaste nubes y regaste ciudades
para que las niñas aprendieran a jugar
descalzas sobre las calles del mundo.
Pero también fuiste risa
que anegó la caja musical de tu pecho.

Fuiste la belleza de todas las mujeres
que amaste y te amaron,
la alegría y el sabor sureño de tu madre
y la sabiduría inmarchitable de tu padre.

Fuiste latido,
Fuiste la sangre que compartiste
hasta el último día
con tus hermanos.

XXXIX

El miedo es compañero del niño
que naufragaba en tu alma y en la infancia advertía
lechuzas blancas
que poblaban la noche
y llenaron de terror sus ojos.
El mismo que observo y era observado por viejos
retratos colgados en las paredes.

Pero esa madrugada el niño no tuvo miedo
al sentir un tacto reptil enroscarse en su cuello.
Recordó que
hombre es el hombre, el que saltó al vacío y nada lo
sustenta desde entonces
sino su propio vuelo.

Ah, el silencio en ti.
La levedad en ti.
La oceánica blancura en ti...

XL

Silencio
sonido primigenio
de la roca que sobrevive a la muerte.

DOS NOTAS PERIODÍSTICAS
PUBLICADAS EN EL DIARIO DE MI ALMA

XLI

Redacción, 11 de marzo 2011, Villahermosa, Tabasco.— El reconocido escritor tabasqueño fue hallado muerto esta mañana de domingo. Las manos recién abiertas del alba guiaron sus pies de viajero incansable hacia el universo, evocado quizá, desde la infancia primera. Imitó la danza de las aves tropicales que poblaron sus poemas. Cabrera Jasso voló; dejó atrás las calles del pueblo amado, la casa de sus padres con bugambilias que manchan de morado el viento, el pozo en el que conoció el eco de la vida, las naranjas agrias que dan sabor al patio de suelo rojo, el sol guerrero del mediodía, los ríos y para-
jes verdes que tanto amó: con sus ceibas, framboyanes, macuilises y guayacanes.

Sobre esta tierra tórrida aún caminan sus tres hijas, dos nietos, cinco hermanos y sobrinos a los que tanto amó. Explorador nato de lo etéreo. Hombre que consagró su vida a la palabra y a desentrañar el insondable misterio de la muerte.

Hoy su partida fue para él, otra forma de escritura.

XLII

Redacción, 19 de marzo 2011, Villahermosa, Tabasco.—
En el malecón de un desdibujado Montecristo se dieron cita familiares y amigos del fallecido escritor tabasqueño, Ciprián Cabrera Jasso. Los antiguos rayos del sol disecaron la tristeza en el rostro de los presentes, los llantos fueron arrojados por las hojas de los almendros, un viento tropical azotó la carpa y lentamente devino el silencio, el silencio es el sonido primero y único que sobrevive a la muerte.

Sus hijas y familiares partieron en lanchas para liberar lo liberado y las manos en forma de adioses vieron su inútil reflejo en el agua.

El ritual hacia *El divino vuelo* fue consumado.

ÍNDICE

UN MAR QUE LLEVA TU NOMBRE

I	9
II	10
III	11
IV	12
V	13
VI	14
VII	15
VIII	16
IX	17
X	19
XI	20
XII	21
XIII	22
XIV	23
XV	24
XVI	25
XVII	26
XVIII	27
XIX	28
XX	29
XXI	30
XXII	31
XXIII	32
XXIV	33

NOSTALGIAS

XXV.....	37
XXVI.....	38
XXVII.....	39

XXVIII.....	40
XXIX.....	41
XXX.....	42
XXXI.....	43
XXXII.....	44
XXXIII.....	45
XXXIV.....	46
XXXV.....	47
XXXVI.....	48
XXXVII.....	49
XXXVIII.....	50
XXXIX.....	51
XL.....	52

DOS NOTAS PERIODÍSTICAS
PUBLICADAS EN EL DIARIO DE MI ALMA

XLI.....	55
XLII.....	56

CULTURA

SECRETARÍA DE CULTURA



Alejandra Frausto Guerrero
Secretaria de Cultura

Natalia Toledo
Subsecretaria
de Diversidad Cultural

Marina Núñez Bepalova
Subsecretaria
de Desarrollo Cultural

Omar Monroy
Titular de la Unidad de
Administración y Finanzas

Esther Hernández Torres
Directora General
de Vinculación Cultural

Antonio Martínez
Enlace de Comunicación Social y Vocero



Adán Augusto López Hernández
Gobernador de Tabasco

Yolanda Osuna Huerta
Secretaria de Cultura

Luis Alberto López Acopa
Subsecretario de Fomento
a la Lectura y Publicaciones

Francisco Magaña
Director de Publicaciones
y Literatura





Un mar que lleva tu nombre, de Virginia María Aguirre Cabrera, se terminó de imprimir el 12 de noviembre de 2019, en los talleres de Impresionismo de México S. A. de C. V., Doña Fidencia # 109, colonia Centro, Villahermosa, Tabasco. Para su composición se utilizaron tipos Cardo y Roboto. El tiraje fue de 500 ejemplares. La edición estuvo al cuidado de la Dirección de Publicaciones y Literatura.